

Una Cálida Tarde

Relata la historia de un sencillo caminante que en medio de la brisa veraniega revive la llegada a su vida de Justina, por quien combatió una criatura del apocalipsis (doña Coco) y cuyo amor lo inspiró a vivir en una poesía.

Una Cálida Tarde

Cada verano el cielo se cierne de un azul intenso en el pueblo, dejando lucir al astro mayor en todo su esplendor. Se suele sentir el viento correr por las calles, se escucha el ruido que este hace al pasar por los árboles, ahora veo un par de pajarillos de plumaje café con el pecho amarillo jugar con el viento, yendo y viniendo.

El viento, el camino, los pajarillos y el corazón me llevaron a imaginar el día que la vi, aquel en que conocí su existencia. Fue una tarde cálida pero agradable, sin alguna razón personal más que el destino de encontrarnos en la casa de la abuela. Era una casa llena de historias, caracterizada por una exposición de retratos, momentos familiares en las paredes de ladrillo que están pintadas de rojo delineadas de blanco, esto en el corredor de la entrada. Es notable la preferencia de la abuela por algunos nietos, ya que hay más fotografías de unos que de otros, de mí solo había una de cuando tenía cinco años.

Las historias que escuché de pequeño en la casa de la abuela era que yacía un tesoro enterrado, un costal lleno de dinero, custodiado por seres de la estatura de niños con piel oscura, ojos rojos y uñas largas, los cuales invitaban a jugar, si se les ganaba tenían que decir la ubicación del preciado saco lleno de monedas de oro, pero si ellos vencían se perdía el alma, les llamaban tzipes. Además del personaje alto con lentes que hacía sus apariciones de vez en cuando en el patio de la casa denominado por la abuela como "El Cobra". Así que esa tarde, pese al favoritismo, a los tzipes, al Cobra o a la furia de los perros negros de la abuela hacia mí, estaba allí, en la cita que me había preparado el destino.

Se escuchó el toque en la gran puerta blanca acompañado del tradicional "¡buenas tardes!", alguien de la casa abrió la puerta, a lo cual seguía escuchando las voces que en tonos de protocolo se realizaba la venta del famoso chocolate casero de la abuela, que por cierto era uno de los mejores del pueblo.

Terminando el rito de la venta de chocolate, la curiosidad entró en mí, esa necesidad de saber sobre a quiénes la tía Remigia se dirigía con alegría, así que me levanté del comedor y asomé el ojo hacia el pasillo, digo el ojo porque en realidad antes de hacer mi aparición en el corredor de la entrada me paré en la esquina del pasillo echando un vistazo con el ojo derecho. Observé a una mujer de tez blanca, con el cabello teñido de rubio, cuerpo robusto de una estatura un tanto más alta que la del promedio, con un tono de voz que no era chillante, pero tampoco era dulce, realmente tenía una voz de mando cargada con diplomacia, interés y astucia, ella era Doña Coco. Cuando observé quién la acompañaba pude notar una corriente de aire cálido que comenzó a

través del pasillo, sin poder hacer nada sentí cómo entraba por las ventanas del alma tornándose como un remolino en dirección al estómago y golpeando las paredes de mi corazón. Increíblemente quien me provocaba todas esas reacciones era hija de Doña Coco.

Sin darme cuenta la actitud curiosa con la que me acerqué se perdió, brotando del ser un raudal de poemas: “¡Oh tus ojos amada tan remansos y puros, tan cándidos en los cuales anhelo refugio, pero qué injusticia ser hija de Doña Coco, se me hace que te adoptó, pues a esa señora no la soporto yo...!” pensaba, y entre más meditaba mucha poesía imaginaba.

Sin darme cuenta se habían ido, me dirigí caminando rápidamente, a través del pasillo lleno de fotografías, en búsqueda de mi tía Remigia, al no encontrarla tomé una de las primeras puertas que se dejaban ver en el pasillo. Entré a la sala de la casa noté tres muebles antiguos de color vino con un contorno de madera estilo clásico, un librero muy grande donde lo único que faltaba eran libros, este estaba lleno de figuras y muñequitos de porcelana, en cada área del librero se encontraba un escenario diferente. Del lado izquierdo se encontraba la ambientación de la burguesía de Inglaterra en una fiesta de etiqueta, de lado derecho se encontraba una alcancía de un niño futbolista vestido de rojo y azul. En la sala se ubicaban dos puertas y una ventana, la ventana daba a un pequeño jardín donde se observa un árbol que da una sombra más fresca en temporadas veraniegas. Una de las puertas conducía a la recámara de la abuela, la otra daba al cuarto de lavado. El cuarto de lavado era el lugar donde se contaba la historia de los seres que cuidaban el tesoro, los tzipes, así que temerosamente, con el corazón en la garganta dije:

-Tía Remigia ¿está usted aquí?

-¡Sí hijo!

Decidí acercarme con un poco más de confianza, aunque en mi mente tenía dudas, pues temía que estos seres enanitos estuvieran imitando la voz de la tía para poder atraerme y ganar mi alma. Pude darme cuenta que era mi tía, así que olvidando mis temores le pregunté el nombre de la hija de Doña Coco, ella me respondió:

-Se llama Justina, ya veo que te gustó ¿verdad?

- A pa' nombrecito tía, bueno la verdad es que me encanta a pesar de la mamá y su nombre

-Te ayudaré hijo, clandestinamente

Cuando dijo esto era porque Doña Coco no se iba enterar de los poemas que escribiría para Justina.

Desde entonces cuando se requería ir al centro del pueblo, era el primero en levantar la mano, la razón no es que era tan acomedido o el tamaño de las propinas que daban una vez vuelto. El motivo era que de camino se encontraba la tienda de Doña Coco, claro nunca entré, pero sabía que Justina estaría ayudándole, eso significaba que algunas veces, aunque sea de lejos, podría disfrutar del sol de su sonrisa y del candor de su mirada.

Justina respondía mis cartas al leerlas, me imaginaba su voz y sus labios sonrientes; ella decía: “¡Oh cuán dulces me son tus palabras, cada carta la espero con ansias para oler tu perfume, para soñar con tus cuentos, para vivir en tu poesía!” Mi corazón emocionado saltaba de alegría al saber que ella también por mí no dormía. La verdad no todo era tan perfecto, Justina había aceptado el noviazgo con Rafael, el hijo del dueño de una granja de pollos, recomendado por doña Coco, pues en su astucia y avaricia, deseaba que su hija sacara el mayor provecho.

Al saberlo le escribí: Lo sé todo Justina, pues esto se ha enterrado cual estaca en el que era tu corazón, me di cuenta que tus palabras eran mentiras que en realidad no soñabas con mis cuentos y poesías, al contrario, parece que me has enterrado entre escombros y ruinas de lo que pudo ser. Esta carta no la entregó la tía Remigia, la dejé a la puerta, encima de la carta una rosa, sobre estas mil suspiros. Algún tiempo después me dirigía al centro del pueblo, cuando al llegar por la tienda donde mi ritmo cardíaco aumentaba, mi corazón se alteró más al salirme al encuentro doña Coco, cual monstruo del apocalipsis comenzó a arrojar su veneno transformado en palabras de esas que calan como fuego en la mente y el corazón. De todo lo que me dijo recuerdo:

- Deja en paz a mi hija, ella tiene novio, él sí le conviene, tú no tienes lo que realmente necesita...

La mente se me volvió nada, dejando el espacio libre para el rebote de sus crueles palabras “deja en paz a mi hija...” era lo que escuchaba, se repetían una y otra vez; debió haber sido mi instinto o posiblemente que estaba a punto de llorar ya que las piernas comenzaron a dar marcha atrás, cuando estuve a una distancia que aseguraba que no iba a poder pescarme, así como el hipo simplemente se da sin poderlo controlar, de mi boca salió el grito desesperado: - ¡Ya no la soporto vieja bruja! -, después de tan heroico espadazo vocal salí corriendo porque es mejor que digan aquí corrió que aquí lo cacheteo.

Mientras corría las lágrimas querían escaparse pero las encerré hasta llegar a la casa de la abuela, y en uno de los cuartitos que estaban desocupados, les quité el candado a las lágrimas soltándose como la lluvia en temporada de huracán, trataba de que mis quejidos manchados por la discriminación no alarmaran a nadie que se encontrara cerca.

Algunos días pasaron, ya no escribía, ni temía por los tzipes, al contrario los buscaba para ganarles en su juego, así hallaría las monedas de oro para que la bruja de doña Coco viera que este servidor también podía darle a su hija lo que necesitaba. Bueno eso imaginaba, ay la tía Remigia si supiera que no quiero salir a los mandados de la casa, es que por mi pronta solicitud anterior me los encomendaba, realmente ahora ni porque me ofrecieran una buena propina quería ir, claro no lo decía, así con el “no” atrapado entre los dientes asentía porque qué culpa tenía la tía.

Cierto día soleado para los demás, pero grisáceo para mí, me dijo la tía:

-Hijo, Justina te mandó esta carta

-¡Qué?, ella volvió a repetir el mensaje, en esta ocasión con una sonrisa de disimulo tomé la carta, esperé a que se fuera para abrirla, no tardó mucho tiempo en hacerlo. Con apremio comencé a

desenvolver el papel, las manos me temblaban, la temperatura corporal aumentó; eso sentí, las gotas de sudor iniciaron su recorrido desde la frente hasta la barbilla, el corazón casi se me salía del pecho, la boca se me secó, quería conocer el contenido de su dulce carta, me dolió mucho el saber que ella se atrevió a salir con ese “hijo del pollo”, creo que no hubo mejor modo de llamarlo se parece tanto a esos animalitos que su papá cría.

Al leer las primeras líneas me quedé atónito no podía creer lo que estaba diciendo: “Corazoncito, lamento todo lo que está pasando, ¿sabes? Tú eres el único dueño de todo mi amor, él no significa nada para mí...”, continuaba con una sarta de explicaciones unidas a palabras que me hacían sentir el plato de segunda mesa, argumentaba que no podía dejar al “cara de pollo” porque le cumplía muchos de sus gustos. Al terminar de leer el mugroso papel lo arrugué, mientras pensaba: -Ahora sí creo que sea hija de la bruja de doña Coco- terminé haciendo trocitos la carta, como ella había deshecho la última esperanza que había en mi ser de su amor.

Así pasaron los días sin recibir ni escribir sobre el amor, hasta que cierta tarde, mientras me dirigía al mandado de la tía Remigia, noté cómo todo a mí alrededor corría más lento; Justina estaba a unos cuantos metros ya no podía frenar, su sonrisa tenía el efecto de un imán que me atraía sin pestañear, su mirada cada vez estaba más cerca, mi corazón palpitaba lento y fuerte hasta sentir su respiración, como si el cielo hubiera preparado el escenario perfecto, las personas se hubieran esfumado de la faz de la tierra y el sonido del pueblo se hubiera apagado; me besó, sonrió y se alejó.

Ahora en este verano, mientras camino por las calles del pueblo ya no voy por el mandado de la tía Remigia, pues no me atraen los caramelos, no le tengo miedo a los tzipes, ni a los perros de la abuela, las canas pintan mi pelo, las piernas me tiemblan pero ya no por los nervios de mi amada sino por los achaques y reumas, un bastón me sostiene, mientras en la sombra disfruto del viento en esta calurosa tarde te recuerdo Justina.